

# Mi abuela, una mujer de su tiempo

Paula Camila Osorio Lema

*“... es una mujer de su tiempo, igual a casi todas las mujeres de todos los tiempos, que ha cumplido su deber en la tierra y ha expiado su parte de culpa en la maldición bíblica. Ella ha hecho todo lo posible por no volverse loca y ha buscado, en vano, un poco de silencio. Su caso carecerá de interés para los historiadores”.*

Eduardo Galeano

## Resumen

En un tono íntimo y un estilo sencillo, nos llega este testimonio sobre la abuela en un relato simple que logra recrear el drama de las mujeres que crecieron y vivieron en un mundo hecho para hombres.

## Abstract

In an intimate tone and a simple style this testimony about a grandmother comes to us in a single story that recreates the drama of women that grow up and lived in a world created for men.

En la Unidad Intermedia de San Javier, mi abuela está hospitalizada por neumonía. Muchas veces ha enfermado y muchas veces la compañía de sus hijos, a los que sólo convoca la cercanía de la muerte, le ha devuelto la salud. Está muerta de sed, pero el médico le ha prohibido tomar líquido. Ella, muy estoica, viéndome la cara de tristeza por no poder darle algo de beber, me dice: “no importa hija, al señor también le dio sed y lo que le dieron fue vinagre con una esponja”.

Es muy creyente la abuela; con esa fe ciega que reza que “sólo el sufrimiento te hará digna de Dios”, que la obliga a callar cuando quiere algo, cuando algo no le gusta, cuando está triste. Siempre.

Después de llorar un poquito porque el cuerpo ya no le sirve ni para mear dignamente (es decir ella solita, sin pato y sin ayuda), me cuenta lo que a nadie de la familia le ha interesado saber.

Que nació en Carmen de Atrato (Chocó) el 19 de marzo de 1919. Que después de que su *apá* murió, su *amá* trabajaba todo un día por diez centavos lavando ropas ajenas y aplanchando”, y que aún así la comida no alcanzaba para ocho hijos. Que se metió de monja para poder comer y que allí aprendió a rezar el rosario en inglés: “*our father...*” También, que tuvo varios de esos noviazgos de hace tiempo, en los que las visitas eran supervisadas por

tías que se han quedado para vestir santos y los novios tenían prohibido tocarse.

A la abuela ya la sacaron de la unidad intermedia y ahora está en La Estrella en casa de uno de sus hijos. Allí el interrogatorio se ha puesto más difícil, porque ella sólo dice lo que cree prudente que los otros escuchen, que no es mucho. De todas maneras termina de contarme la historia.

Se fue con su familia para Bolívar y allá hizo buñuelos y empanadas, lavó ropa y armó tabacos. Cuando ya no estuvieron tan pobres “la vida se fue componiendo”. Conoció entonces a mi abuelo, y después de ocho años de ser amigos y de gran insistencia por parte del hombre, que según la abuela “era muy perro”, se casaron. Entre 1943 y 1961 parió doce hijos, uno de ellos muerto a los 62 días de nacido, de un “colerín calambroso”, que es cuando “las tripitas se le vuelven un nudo”, según dice ella. Yo conozco otra versión del asunto, pero de eso hablaré más adelante.

En esos años de parir, limpiar, cocinar, trabajar y a duras penas sobrevivir, los abuelos vivieron en Bolívar, Santuario y La Celia, Risaralda. Allá les “tocó muy duro”, cuentan: mucha violencia, mucho muerto que llegaba a las veredas. Después llegaron a Medellín. Primero a Manrique, a un lugar que todos recuerdan como la Casa del Aviador, y luego a Castilla, donde pasé toda mi infancia.

Sus hijos se encargan de que no se le olvide que nunca fue la mamá más afectuosa ni la más dispo- nible: “Yo los cuidaba mucho, pero después que me tocó trabajar en las fincas, ellos sufrían también. Ha- bía mucho trabajador y no había campo pa ellos”.

Entre sus hijos, hay uno en especial que pone el toque tortuoso que no falta en la historia de una mujer dedicada al hogar: el que se quiere con culpa, el que más necesita del amor materno. Ésa es la sor- da. Dice mi abuela que fue porque le echaron mal de ojo. Dicen mis tíos que fue por una gripa mal cuidada. Sea como sea, mi abuela no debe acordarse de lo de la gripa porque la memoria de ella tiene un funcionamiento que más que selectivo, debe servirle para tranquilizar la conciencia. Ella recuerda que un hermano murió de hambre cuando apenas era un bebé y que “estaba flaquito, flaquito”, pero no recuerda que la causa de la muerte de su hijo de 62 días de nacido—según dicen los tíos— fue un incendio, descuido de no se sabe quién, ni que muchos años después uno de sus hijos estuvo hospitalizado por desnutrición en la Clínica Noel. Seguro que la versión de mis tíos es la acertada, porque ellos se necesitan, se odian y se aman, de una forma sólo posible en una relación enferma marcada por lo que no se hizo o se hizo de más.

A su hija sorda, ella intentó buscarle una escuela especial aquí en Medellín, que porque “aquí había escuelas especiales pa esa gente”, pero no encontró nada. Entonces decidió jamás cortar el cordón um- bilical, y acabar de arruinarle la vida con el pretexto de su “bobada”. Nos dice a todos: “No se metan con ella—que en honor a la verdad es comprensiblemente insoportable— que ella no se acabó de criar”, pero de cuando en cuando llama a pedir que la encierren en el manicomio.

Como toda muchacha de su época llegó virgen al matrimonio y no recuerda si alguna vez disfrutó el sexo. En su época de rodar por pueblos, el cansancio de cocinar para casi cien trabajadores no le dejaba muchas ganas, y en Medellín no se veía mucho con el abuelo porque él viajaba y a ella la enojaba que no la llevara. De todas maneras me dice que “demás que si me gustaba en cuanto hubieron tantos muchachos”. Me permito dudarle, porque parece más bien que quiere cambiar el tema.

Cuenta Eduardo Galeano sobre una abuela que bien podría ser la mía (o la suya): “Ella había vivido toda su vida en puntas de pie, como pidiendo perdón por molestar, consagrada al servicio de su marido y su prole de cinco hijos, esposa ejemplar, madre abnegada, silencioso ejemplo de virtud: jamás una queja había salido de sus labios, ni mucho menos una palabrota”.

Mi abuela también es muy silenciosa, pero no ha sido una madre y esposa tan ejemplar, aunque

su intención hubiera sido ésa. No es afectuosa por naturaleza, y cualquier manifestación de cariño hay que sacársela con ganzúa. Nunca ha pedido nada y a duras penas recibe algo, así lo quiera, porque nunca ha creído merecerlo. Tiene la firme convicción de que la mujer nace para dar hijos y comida, pero no parece estar muy al tanto de que, como dice la canción, no basta con parirlos. No le gusta hablar de sexo, ni de los negros, y se persigna si uno dice una palabrota. Es rencorosa como sólo una mujer puede serlo, pero a los que ama les perdona toda cosa que hagan. Quiere siempre aparentar que ya no espera nada de la vida, pero vive de la esperanza de que las cosas mejoren: que sus hijos se acuerden de ella, que yo deje de fumar, que todas las nietas seamos vírgenes hasta el matrimonio, y demás cosas que, creen las abuelas, hacen feliz y dan entrada al cielo. Sabe hacer los mejores dulces del mundo, aunque ya en medio de la chochera nos ponga a todos a comer dulce de vitoria con hormigas.

He dicho ya que mi abuela siempre ha puesto la otra mejilla, pero hay sólo una cosa que no perdona: el abandono.

—¿Hay algún hijo que querás más que a los otros?— le pregunto por no dejar de hacer la pre- gunta, pero sin imaginar la respuesta.

Me contesta bien duro, como pa que todos escuchen:

—Pues como en toda familia, siempre hay uno que se preocupa más que los otros. Que el día de la madre, que el cumpleaños, y así.

Todos saben de quién habla. Ya antes me había dicho que mi tío, el mismo que estuvo hospitalizado por desnutrición, “desde muy chiquito fue muy formalito. Yo me movía por la noche y él me decía: mamita, mamita, ¿qué tiene?”.

Así es como pasa factura mi abuela, discreta. Que sólo se sienta aludido quien cargue con alguna culpa.

Ella no perdona es porque no entiende. Yo, aun- que no soy la mejor nieta del mundo (no aguanto a mi tía sorda, digo palabrotas cada dos segundos, fumo, no voy a misa, y a ratos la olvido), tampoco. No hizo nunca menos de lo que hizo mi abuelo (familia de machos ausentes y aún así amados), pero cuando él se murió, hace ya diez años, mis tíos—sin miedo de caer en una exageración— la enterraron a ella también. Pero ay de quien dude de lo buenos hijos que son. Ay de mí.

Antes de morirse ella va a obligarse a perdo- narlos, a perdonarnos a todos, pero yo, de todo corazón, espero que nosotros nunca conozcamos la paz de la conciencia tranquila. ■